

Novelas negras

VICENTE FRANCISCO TORRES | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA,
AZCAPOTZALCO

Resumen

El presente trabajo versa sobre tres autores de novela negra: James Meyers Thompson, Horace McCoy y Vernon Sullivan (Boris Vian); ellos forman una trilogía clásica digna de recordar y celebrar.

Abstract

This article explores three crime writers that form a classic trilogy, worthy of being remembered and celebrated: James Meyers Thompson, Horace McCoy and Vernon Sullivan (Boris Vian).

Palabras clave: novela negra, novela policial, novela artística, escatología, belleza medusea.

Key words: crime noir, police procedural, artistic novel, eschatology, the beauty of the Medusa.

Para citar este artículo: Torres, Vicente Francisco, "Novelas negras", en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 48, semestre I de 2017, UAM-Azcapotzalco, pp. 145-155.

Mientras preparo los escritos académicos con que cumpla mi trabajo de investigador de literatura mexicana contemporánea, miro siempre hacia un polvoso entrepaño de mis librerías, casi a ras del suelo, en donde fui ordenando las novelas negras que despertaron mi admiración en los años juveniles. En las horas de fatiga y entre el hartazgo que producen tantas novelas que se publican hoy sobre el narcotráfico, acabo por desempolvar esas historias de expresión violenta e ingeniosa que milagrosamente encontrara en una tienda de ropa, apiladas en grandes mesas y a precio de ganga. Son las

novelas de Bruguera, que hoy se deshojan por el pegamiento corriente con que fueron encuadernadas. En ese rincón también encuentro ediciones recientes de aquellas obras, mismas que compré por su bella encuadernación, por su rareza o por sus portadas. Las hojeo y ojeo, miro las líneas que marqué tenuemente con un lápiz y, entre sus páginas, encuentro hojas amarillentas, de cuaderno, en las que anoté rápidas observaciones. Incluso encuentro tarjetas con anotaciones sobre libros que ya no sé cómo se fueron, a quién los presté o cómo los cambié de lugar. Con esas hojas y tarjetas amarillas, con recortes y lectura de las notas en el margen de los libros, reconstruyo mis lecturas de esas novelas tan apreciadas pero a las que vuelvo muy rara vez. Estas páginas intentan reconstruir aquellas horas de fervorosa lectura, cuando no pensaba que algún día tendría que citar esos libros puntualmente, al pie de la página para que adquirieran una presentación atildada, a la altura de una revista universitaria. Tomo una edición corriente, pero muy atractiva, de *Cosecha roja*, la admirada novela de Dashiell Hammett que, en la página legal dice: traducción de J. Román, Acme Agency, Buenos Aires, 1946. Precio del ejemplar \$1.- En su portada aparece una mujer vestida de verde, con un puñal hundido en el pecho. Tiene los labios perfectamente delineados con carmín y, cuando se desplomó sobre la alfombra, tuvo el cuidado de no estropear su peinado. Junto a este libro está la misma novela, en edición de Alianza Editorial, con otra de mis portadas favoritas: es un auto de los años 40, con el cristal trasero cubierto de sangre, una de las tantas obras con que nos regaló durante varios años don Daniel Gil.

Reconstruyo aquí las imágenes de tres clásicos del género.

I

James Meyers Thompson (1906-1977). Nació en la reserva india de Caddo, Oklahoma, en 1906; falleció en 1977. Comenzó a escribir en *pulps* de temática criminal en la segunda mitad de los años treinta. Denunciado durante la cacería de brujas del senador MacCarthy en los años 1950-1956, más tarde fue olvidado de las listas negras por su condición de escritor maldito, hecho que le permitiría colaborar como guionista de Stanley Kubrick en 1956 y 1957. Sus numerosas novelas recibieron la consagración cuando Marcel Duhamel incluyó *1280 almas* en su célebre *Serie Noire*, de Gallimard.

1280 almas puede ubicarse en la prestigiada novelística del sur de los Estados Unidos. Su ambiente es rural, muy parecido al de las novelas de William Faulkner: traslado de cadáveres en medio de lluvias torrenciales, blancos furibundos que humillan a los negros e incendian sus barracas ante la indiferencia

del comisario... No falta un demente sagaz que evoca *El sonido y la furia* o *Santuario*, dos clásicos de Faulkner.

Si bien es cierto que *1280 almas* ejemplifica las excelencias de la novela negra, debemos señalar que la supera con creces al enriquecer sus elementos lúdicos con otros factores que la acercan a la literatura sin adjetivos. El libro tiene interés siempre creciente, aventuras, asesinatos y considerable número de lides eróticas, pero sobre ello tenemos otros elementos, como lo que Mario Praz llamó belleza medusea, es decir, la seducción conseguida con elementos escatológicos y sórdidos¹.

Uno de los reproches que con más frecuencia se le han hecho a las novelas policíacas es que están mal escritas, que el lenguaje no ocupa un papel destacado, que no es uno de sus objetivos primordiales. *Pop 1280* muestra que si bien una novela policíaca puede escribirse con un lenguaje atildado, también puede entregarse a audacias como las que en la literatura artística han hecho autores como Jean Genet o Louis Ferdinand Céline. El ex abrupto, la grosería atroz, la ironía total, todo aquello que llevó a Harry Slochower² a calificar el lenguaje de Céline como excrementicio, están presentes en esta novela de Thompson. El siguiente ejemplo ilustra tanto lo relativo al léxico como el cinismo que campea por todo el libro. Cuando el narrador ha conseguido que su amante asesine a su esposa y a un gigantón demente, éstas son las palabras de agradecimiento que tiene para ella:

Lo comprendí todo, querida. Vi la verdad y la gloria; y no te va a ir tan mal como puedes creer. Vaya, una mujer como tú puede colocarse de puta en cualquier pueblo de la costa, sólo harás lo que tanto te gusta hacer, y te reconozco que nunca he conocido a una que lo haga mejor. Y ya que hablamos de esto, como no vamos a vernos nunca más, no tendría ningún inconveniente en clavártela durante unos cinco o diez minutos, aunque seas ya un poco fugitiva de la justicia.³

Jim Thompson pone especial énfasis en presentar la corrupción de las autoridades, la venalidad de la justicia: los banqueros, negociantes y curas deciden la suerte del municipio cuya extensión se mide —en el colmo de la ignorancia propia del comisario— por el número de habitantes que tiene; la extensión

¹ Véase Mario Praz, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, traducción de Jorge Cruz, Caracas, Editorial Monte Ávila (Prisma), 1969.

² Véase Harry Slochower, *Ideología y literatura (entre las dos guerras mundiales)*, traducción de Manuel de la Escalera, México, Ediciones Era, 1971.

³ Jim Thompson, *1280 almas*, traducción de Antonio Prometeo Moya, Barcelona, Editorial Bruzguera (Libro Amigo), 1980, pp.179-180.

del municipio está dada por un letrado colocado a la entrada del pueblo: Pop 1,280, 1,280 almas, 1,280 habitantes. La justicia sólo afila las garras cuando hay que encarcelar a un blanco pobre o a un hombre de color. Cuando los transgresores son blancos poderosos, la justicia ensordece. Llega un momento en que los dirigentes del pueblo piden que se investigue un hecho sangriento, que se aplique la ley; esto es lo que rumia para sus adentros el comisario, que en su favor alega que la reelección es arbitraria:

Salvo un par de excepciones, no había hombre allí que no tuviera un hijo adulto o casi adulto. Y no había ni uno entre aquellos jovencuelos que valiese la mierda que cagaban. Haraganeaban por el pueblo, medio pretendiendo que trabajaban para sus padres. Iban de putas, se emborrachaban y tramaban cabronadas. Dondequiera que hubiera un conflicto podía apostarse a que alguno de ellos estaba implicado en él.⁴

El mismo comisario, que se ha presentado a sí mismo como ignorante, es quien narra la novela. Con la mayor naturalidad va contando todas sus impresiones que rayan en la estupidez. Cierta ocasión que viajaba en ferrocarril, tuvo ganas de ir al retrete. Vio que otro individuo estaba sentado afuera, leyendo el periódico, y pensó que estaría ocupado el sanitario. Cuando le preguntó al hombre del periódico si el retrete estaba ocupado, el hombre le contestó que sí, que allí había una mujer desnuda que había llevado a orinar a su caballo. ¡Y el comisario corrió en busca de otro retrete!

El final de la novela es abierto porque después de la cadena de crímenes, infundios, peripecias eróticas y falsas coartadas, el autor no asume la conclusión de la obra: deja varios hilos sueltos para que el lector los anude como mejor le parezca. Tanto el comisario puede morir a manos de un similar suyo, como recibir en matrimonio a una solterona adinerada, en pago por su ingenio disfrazado de estupidez. El lector decide la suerte del narrador criminal, pero ese ya no es asunto de la novela, sino una cuestión que deberá resolver quien ha simpatizado con el asesino.

En una encuesta que la revista *El Viejo Topo* hizo en 1980 sobre las diez mejores novelas negras, *Pop 1,280* ocupó el tercer lugar, superada sólo por *El largo adiós*, de Raymond Chandler y *El cartero llama dos veces*, de James M. Cain. Quedó, pues, por encima de novelas como *Disparen sobre el pianista*, *Cosecha roja*, *El halcón maltés*, *El hombre enterrado* y *La llave de cristal*, entre otras.

⁴ *Ibid.*, p. 135.

La violencia temática y expresiva de Jim Thompson fue la causa de su tardía y escrupulosa aceptación. En la segunda mitad de los años 50 la Editorial Novaro, en México, puso en circulación, con traducciones bastante pacatas, *Ni más ni menos que un asesinato* y *El hombre que no lo era*. Hasta donde sé, estos fueron los primeros intentos en nuestra lengua para familiarizarnos con el apabullante universo narrativo de este novelista de sangre india. Cuando se busca la razón de ser de su narrativa tremendamente crítica, se invocan los años de la gran depresión que le tocó vivir y, claro, su accidentada vida personal.

Javier Coma, en *La novela negra*, ha sabido vincular esta variante policiaca con las circunstancias sociales que la alimentaron. Gracias a Coma, este tipo de relatos pueden apreciarse en su justo valor, más allá de la simple aventura y de sus innegables cualidades estéticas. El ensayista español nos recuerda que las novelas de Jim Thompson están inspiradas en la tensa atmósfera de los años 30; la crisis económica de 1929 trajo como consecuencia la miseria de las clases sociales más desposeídas, una acentuada discriminación de negros e indios y el fortalecimiento de las alianzas entre autoridades y delincuentes.

El autor de *Pop 1280* tuvo una vida intensa y llena de conflictos: fue mozo de hotel, ayudante de fontanería, camionero, vendedor ambulante, experto en explosivos, guardián armado y periodista. Llegó a colaborar como guionista con Stanley Kubrick (recordemos *The Killing*, presentada entre nosotros como *Casta de malditos*) e incluso, para saldar algunas deudas económicas, apareció como actor en la versión cinematográfica de *Adiós muñeca*, de Raymond Chandler. Su militancia marxista y su afición al alcohol lo emparentan con otro gran autor de novela negra: Horace McCoy.

Las novelas de Jim Thompson plantean situaciones sórdidas; el sadismo, la sexualidad, la traición y las pasiones desatadas campean por todos sus libros. Los argumentos son siempre situaciones límite que obligan a los personajes a tirarse a fondo, sin el menor escrúpulo moral ni afectivo. El carácter proletario y escatológico de sus obras le colocó junto a otro gran escritor norteamericano: Erskine Caldwell.

A Jim Thompson le interesa mostrar el derrumbe de la moral y de la justicia; un gobierno que llevó a los EE UU a la bancarrota, que no puede detener los desmanes de los *gánsteres*, que no respeta los derechos de sus obreros y que agudiza la discriminación racial, sólo medra en una sociedad violenta, llena de resentimientos. Dice Javier Coma: "La distinción entre apariencia y realidad ha sido siempre, según confesión del propio Thompson, el tema central de su obra, y por vía marxista, esta dialéctica ha recaído, a través de sus novelas,

sobre la hipocresía del sistema y la consiguiente inutilidad de sus aparatos para mantener la ley.”⁵

En *1,280 almas*, Thompson presenta la corrupción de las autoridades y la venalidad de la justicia: los banqueros, negociantes y curas deciden la suerte de un municipio. La justicia sólo afila las garras cuando hay que encarcelar a un blanco pobre o a un hombre de color.

Jim Thompson considera que la justicia –en su modalidad de los años 30 del siglo xx– no guarda ninguna relación con la realidad: condena a inocentes mientras los criminales revientan a carcajadas. En *El hombre que no lo era* y en *La sangre de los King* la justicia gira como la aguja loca de una brújula: apunta en muchas direcciones pero en ninguna acierta. En *El hombre que no lo era*, un tipo que se convirtió en eunuco como resultado de una acción bélica, aparece hundido en el alcohol y propicia el asesinato de tres mujeres. Su incapacidad sexual y el alcoholismo aguzan su ingenio para confundir con falsas coartadas a unas autoridades policiacas corrompidas. *La sangre de los King* es una estremecedora novela que nos muestra dos tipos distintos de ejercer justicia. Por un lado, tenemos la burocrática y técnica que ejercen los comisarios; por el otro está la intuitiva, ancestral y severa que ejercen los indios: no vacilan en cortarle un dedo a un muchacho que ha robado y conservan la serenidad cuando, en legítima defensa, un tipo le vacía el vientre a su hermano. Así pues, Thompson presenta dos modos de impartir justicia: uno falso e interesado, otro salvaje pero un poco más apegado a la verdad. Los indios tienen el derecho que les da la sangre sobre sus familiares para imponer orden; la ley que llega desde las grandes ciudades no puede ser honesta porque sus funcionarios mismos no lo son.

Thompson a menudo recurre al estudio de las familias a fin de mostrarnos que, incluso en esta organización que se considera la célula de la sociedad, se reproducen en pequeña escala todos los vicios sociales: hay interés, crimen y mentira. Si la organización social norteamericana de la depresión estaba enferma, todas sus ramificaciones sufrían contagio.

Mientras que en la edición francesa de *1280 almas* –seguramente la obra maestra del norteamericano– Marcel Duhmel afirmaba que la lectura de Thompson es cosa de espeleólogos, Javier Coma sostuvo que el conflicto entre apariencia y realidad fue central en este autor.

El criminal (1953) aborda precisamente este problema: una muchacha de 14 años aparece violada y estrangulada el mismo día en que tuvo relaciones

⁵ Javier Coma, *La novela negra. Historia de la aplicación del realismo crítico a la novela policiaca norteamericana*, Barcelona, El Viejo Topo, 2001, p. 93.

sexuales con un vecino suyo llamado Bob. Como el joven –de 15 años– tiene fama de tranquilo y ella de casquivana, el encuentro sexual y el asesinato aparecen como dos cosas distintas. Pero los directivos de un periódico se empeñan en trabajar morbosamente el asunto y las cosas se complican pues el muchacho es sometido a interrogatorios amañados que impiden su liberación inmediata. Aunque Bob sea declarado inocente, está marcado porque nunca se disipará el fantasma de la duda: no hay elementos para declararlo culpable, pero tampoco se tiene un responsable. Al final llegan cartas que denuncian a un vagabundo y a un adulto amante de la muchacha, pero no encontramos un asesino confeso. De este modo, Thompson insiste en que la justicia es algo muy relativo, siempre sujeto a influencias y a dinero.

La novela está armada con monólogos de los personajes –Bob, su padre, su madre, periodistas, abogados– y hasta hay un capítulo que nos llega por un retrato del Presidente Abraham Lincoln.

¿Habría que recordar la dureza de los diálogos de los libros de Thompson?

—¿Acaso insinúas que se violaron los derechos constitucionales del chico?

—Por supuesto que no. Ni siquiera puedo pensar en palabras tan grandes sin hacerme un lío. Lo único que digo es que exprimiste al muchacho, que no sabía distinguir su culo de una máquina calculadora. Hubiera jurado que fue él quien mató a Cristo, si se lo hubieras pedido.⁶

Si bien Paco Ignacio Taibo II –director de la colección en donde aparece *El criminal*– sostiene que Thompson recibió un reconocimiento tardío, no debe olvidarse que, en 1958, la Editorial Navarro, entre obras de Santa Teresa y Pierre Loti, nos había ofrecido dos títulos de Thompson: *Ni más ni menos que un asesinato* y *El hombre que no lo era*.

2

La furia expresiva que corre como lava en las novelas de Horace McCoy (EE UU, 1897-1955), está en estrecha relación con la sordidez de sus temas. Este novelista fue uno de los primeros que consiguieron borrar los límites entre la gran literatura y la literatura policiaca; incluso se le ha llegado a colocar junto a Erskine Caldwell, autor de la célebre novela *El camino del tabaco* (1932). Juan Carlos Martini dice en la presentación de la novela: “El clima de sus obras, a

⁶ Jim Thompson, *El criminal*, traducción de Mar Guereño Carnevali / Ma. Luisa Peñabaz, Ediciones Júcar (Etiqueta Negra), Madrid, 1999, p. 66.

veces los espacios físicos y los estratos sociales que protagonizan su literatura, la intensa angustia del ritmo narrativo y la penosa interpretación de los significados del mundo, sitúan las novelas de McCoy en una zona de la literatura negra que escapa de las convenciones del género, que extiende su influencia hasta convertir en estériles los límites.”

Sus novelas más importantes son cuatro:

¿Acaso no matan a los caballos? (1935), un texto estremecedor que narra las humillaciones a que son sometidos los participantes en los maratones de baile. Desempleados, extras de Hollywood, asesinos y una mujer con cinco meses de embarazo se arrastran sobre la pista de un salón de baile construido en una playa. La lengua del mar que se bate con fuerza en el piso del edificio, les recuerda a los concursantes su debilidad, su desamparo, la infinita incertidumbre de sus destinos. Hay incluso una pareja que vive de estos concursos. Como los organizadores proporcionan comida y una cama donde descansar 10 minutos por cada dos horas de baile, el problema de la comida está resuelto; si logran triunfar y se llevan los mil dólares de premio, será un mero accidente. A Horace McCoy le interesa mostrar estos humillantes recursos que para subsistir ponen en juego los proscritos. En ésta y en otra de sus novelas, dos mujeres roban para que, luego de ser detenidas, su problema de alimentación quede resuelto.

McCoy, trotamundos, vendedor de periódicos, autor de *westerns*, chofer de taxi, aviador en Francia durante la Primera Guerra Mundial, redactor de secciones deportivas, peón agrícola, guardaespaldas, luchador y camarero, fue un convencido marxista que militó durante algunos años en las filas del Partido Comunista de los EE UU. En sus novelas casi siempre encontramos un planteamiento claro: la sociedad, el capitalismo y sus aberraciones, propician la aparición de seres marginales. Sin embargo, lo más importante es que se afanen en mantenerlos pues su inhumana existencia les resulta necesaria para seguir medrando. En el concurso de baile mencionado, destaca el modo en que los comerciantes sacan provecho: regalan a las parejas playeras o zapatos tenis con los nombres de sus negociaciones impresos. Las mujeres reciben dotaciones de ropa interior y los organizadores anuncian sus dádivas por el micrófono de la sala de baile.

Esta novela, que se llevó al cine con el título de *Danzad, danzad malditos*, tiene una estructura singular: cada capítulo va precedido, progresivamente, con unas palabras de la sentencia de muerte que se dicta contra el asesino de su pareja de baile. Lo extraordinario de este crimen es que no se trata de un vulgar asesinato; fue la mujer quien, desesperada por no encontrar un lugar en la sociedad, por su pesimismo, por su falta de fe en todo y en todos, le pide a su compañero que la mate, que la quite de sufrir, que la saque de su vida atroz.

Cuando el maratón termina, con algunos asesinatos, la pareja va a sentarse en una banca junto al mar. Ella saca de su bolso un pequeño revólver y formula su petición. El hombre accede y, cuando la policía le sonsaca la causa de su crimen, él recuerda el modo en que la gente de campo termina los sufrimientos de los animales heridos: ¿acaso no matan a los caballos?, pronuncia por toda respuesta.

No Pockets in a Shroud (1937) se publicó originalmente en Londres por considerársele obra maldita en los EE UU, donde vería la luz 11 años después, luego de someterla a una rígida censura. Javier Coma sintetiza así los momentos más candentes de *No Pockets in a Shroud* (literalmente, *No hay bolsillos en un sudario*): “De ese modo, cuando una madre mata a su hijo de dos años para ahorrarle una vida miserable, Dolan escribe en su defensa: ‘Qué tenía este país de valioso para ofrecer a su hijo? ¿Qué tiene este país de valioso para ofrecer a no importa qué hijo de hombre? ¿Un lugar en la fila de parados o el estallido de una bala? ¿Es culpa de ella si lo mató? Por qué el jurado no condena a la silla eléctrica a los responsables de ese estado de cosas?’”⁷

Luces de Hollywood (1938) recoge la vida de otro grupo de seres humillados por la sociedad y, en este caso, por la sociedad más manirrota y vanidosa: los productores, artistas y millonarios de Hollywood. El maravilloso mundo del cine resulta un espejismo para todos los desheredados que llegan allí en busca, primero, de una oportunidad; después se conformarán con cualquier papel ínfimo que les garantice al menos la comida. Estos personajes se precipitan en los más inconcebibles vicios y humillaciones, que algunas veces culminan en el suicidio. El episodio más estremecedor se da cuando la amiga de una muchacha que acaba de suicidarse en una prisión debe identificar el cadáver. Los reporteros le preguntan qué llevó a su amiga a quitarse la vida y ella sale velezosamente del anfiteatro, compra varias revistas donde se publican todas las frivolidades y lujos de los actores y pide que los fotógrafos impriman sus placas del cadáver, pero con las revistas entre las manos de la suicida.

Di adiós al mañana (1948) es otra conmovedora novela de McCoy. En ella observamos la corrupción de los cuerpos de policía y el fanatismo religioso, *snob*, a que se entregan las clases adineradas. Lo mismo que en *¿Acaso no matan a los caballos?*, vemos la llamada psicología del criminal: el asesino es quien narra y expone fríamente los móviles de su conducta. *Di adiós al mañana* se aparta de la visión determinista de Horace McCoy: el criminal no es visto aquí como un producto obligado de la sociedad capitalista; estamos ante

⁷ Javier Coma, *op. cit.*, p. 67.

un criminal que no quiere ser justificado, es un hombre que, simplemente, a la violencia que la sociedad le impone responde con violencia.

3

Boris Vian (1920-1959) fue ingeniero, trompetista, crítico de jazz, novelista, poeta, autor de canciones, cuentos y piezas teatrales. En 1946, luego de haber realizado traducciones de obras de Raymond Chandler y Peter Cheyney, se presentó como traductor de *Escupiré sobre vuestra tumba*, escrita por un tal Vernon Sullivan. De aquí en adelante, Vian utilizó el seudónimo de Vernon Sullivan para firmar las novelas policiacas que publicó y que, paradójicamente, le dieron más fama y dinero que sus libros *serios*.

El prefacio de *Escupiré sobre vuestra tumba* es abrumador en sus líneas generales: un hombre que nace blanco en medio de una familia de negros, decide vengar el crimen de que fue objeto su hermano menor por el pecado de haberse enamorado de una mujer blanca; todas sus aventuras eróticas con mujeres blancas las toma, entonces, como trofeos. Cuando quiere coronar su venganza con dos hermanas, hijas de un propietario de plantaciones de caña de azúcar en Haití, viene la parte brutal de la novela, llena de acción y sadismo.

Todos los muertos tienen la misma piel retoma el tema del hombre blanco de ascendencia negra y habla de un chantaje. Los ocultos temores de un hombre por sus antecedentes raciales son explotados al máximo en escenarios sórdidos: el personaje central toca en la orquesta de un centro nocturno pero también oficia de guardia en un tugurio, convive con prostitutas y siente especial predilección por las mujeres negras. El erotismo mana por todo el libro, que culmina con un incendio, tres crímenes y un suicidio. Vernon Sullivan recurre en esta novela a uno de los tópicos de la literatura policial de enigma: el asesino se hace acompañar por una persona al cine; en el transcurso de la película abandonará la sala fingiendo que va a los lavabos cuando en realidad quiere tiempo para cometer su crimen, regresar y tener una coartada.

La sordidez de los escenarios y los actos rotundos y desmesurados de los personajes revelan el mundo marginal de Harlem —que aborda espléndidamente el novelista negro Chester Himes— y la soledad amarga de los alcohólicos y las mujeres que se consumen en los centros nocturnos.

Formalmente, *Escupiré sobre vuestra tumba* y *Todos los muertos tienen la misma piel* registran el cambio inopinado de la primera a la tercera personas. La repetición de este recurso lleva a reflexionar sobre su objetivo. Es posible que cuando el personaje principal narra sus aventuras, lo hace en un tono cínico y brutal, pero cuando se trata de mostrar su ruina, ya no es él quien cuenta, sino

cede la palabra al autor omnisciente; quizá para que el lector sólo recuerde la voz del criminal en sus momentos más desenfrenados y no al borde de la desgracia: el tipo duro debe serlo hasta el final, sin concesiones.

Fuentes de consulta

- Coma, Javier, *La novela negra. Historia de la aplicación del realismo crítico a la novela policíaca norteamericana*, Barcelona, El Viejo Topo, 2001.
- McCoy, Horace, *¿Acaso no matan a los caballos?*, traducción de Josep Rovira Sánchez, Barcelona, Editora Diagonal (Clásicos Gimlet), 2002.
- Praz, Mario, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, traducción de Jorge Cruz, Caracas, Editorial Monte Ávila (Prisma), 1969.
- Slochower, Harry, *Ideología y literatura (Entre las dos guerras mundiales)*, traducción de Manuel de la Escalera, México, Ediciones Era, 1971.
- Thompson, Jim, *1280 almas*, Barcelona, Editorial Bruguera (Libro Amigo), traductor, Antonio Prometeo Moya, 1980.
- , *La sangre de los King*, traductor Damián Alou Ramis, Barcelona, RBA Libros, 2014.
- , *El criminal*, traducción de Mar Guereño Carnevali y Ma. Luisa Peñabaz, Ediciones Júcar (Etiqueta Negra), Madrid, 1989.
- Varios, "Las diez mejores novelas negras", *El Viejo Topo*, número 42, marzo de 1980.
- Vian, Boris, *Escupiré sobre vuestra tumba*, traductor Jordi Martí, Barcelona, Editorial Bruguera (Libro Amigo), 1980.
- , *Con las mujeres no hay manera*, traductor Josep Elias, Barcelona, Editorial Bruguera (Libro Amigo), 1981.
- , *Que se mueran los feos*, traductor T.P. Lugones, Tusquets Editores, Barcelona, 1989.